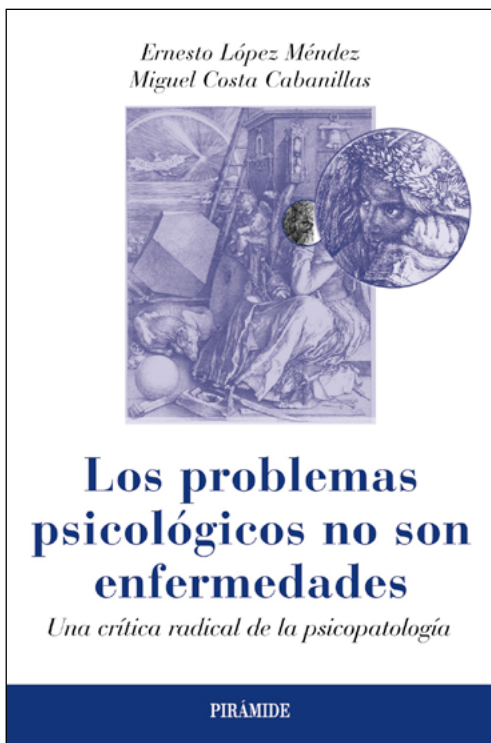


Los problemas psicológicos no son enfermedades

Una crítica radical de la psicopatología

Ernesto López Méndez y Miguel Costa Cabanillas.
Ed. Pirámide, Madrid, 2014

Concha Pérez Salmón
Centro de Salud Mental de Alcorcón, España



Como consecuencia de la impronta cerebrocentrista que ha invadido las ciencias sociales, y tras la publicación del DSM-V que patologiza de forma preocupante la conducta y las emociones humanas, se han levantado voces autorizadas que se enfrentan a esta concepción sesgada y medicalizada de la Psicología. No es de extrañar que autores de la trayectoria profesional y del relieve científico de Ernesto López, y de Miguel Costa, procedentes de una definición biopsicosocial de la salud, y que han desarrollado con éxito el modelo comunitario en Salud Mental se agreguen a estas voces críticas, y recojan sus reflexiones en el presente volumen, cuyo título, explícito, no precisa de más explicaciones: “Los problemas psicológicos no son enfermedades. Una crítica radical de la psicopatología”.

Se trata pues de una crítica “radical”, pero también de una crítica sustentada en un profundo estudio del desarrollo y de la aplicación del modelo psicopatológico a los problemas psicológicos. Los autores rechazan toda explicación que asuma cualquier similitud entre éstos y la enfermedad, ya que son parte de la experiencia de la vida, y hay que contextualizarlos en los aspectos biográficos y ambientales del sujeto. Etiquetar las reacciones, las conductas, las emociones extemporáneas de un sujeto bajo el epígrafe de enfermedad es una solución falsa que pretende encuadrarlos en un marco impropio, asimilándolos a los procesos anatomopatológicos y fisiopatológicos que se estudian dentro de la medicina con métodos desarrollados según la naturaleza de dichos procesos, pero totalmente inadecuados a la hora de enfocarlos sobre el comportamiento y las emociones del individuo que implican un nivel distinto de complejidad y no se pueden reducir al componente estrictamente biológico.

Para ello los autores empiezan exponiendo una revisión histórica de la invención del modelo psicopatológico, cuyos antecedentes podemos encontrar en el estudio de la melancolía, atribuida a un desequilibrio de los humores del cuerpo (y que tiene su correlato actual en el mito del equilibrio/desequilibrio de los neurotransmisores cerebrales hoy en día tan en boga). Nos dirigen a través de la Historia hasta el siglo XIX, donde se establecen los cimientos de la psicopatología actual, y de la patologización del comportamiento humano, a través de la elaboración de clasificaciones que inventan enfermedades mentales poniendo nombre a distintas manifestaciones de experiencias vitales, que se describen pero no se explican, ya que pertenecen a un nivel epistemológico diferente del encuadre que se les asigna.

Insisten los autores en el concepto de “logomaquia”: el modelo psicopatológico aporta explicaciones ficticias, inventa patologías que no revelan el significado vital de los problemas psicológicos. Los comportamientos alterados pertenecen a la categoría de sucesos vitales, y reclaman un discurso psicológico. El modelo psicopatológico cosifica dichos comportamientos a los que designa con un nombre, de modo que se acaban convirtiendo en algo que la persona tiene. Establece una nosología que determina una gran variedad de “patologías mentales”, sin demostración previa. Clasifica enfermedades inventadas como si fueran enfermedades realmente existentes, fragmenta las experiencias vitales y así selecciona los componentes que sirven para construir las colecciones de síntomas que forman los síndromes.

Nos aclaran también los autores cómo, tras consolidarse el modelo psicopatológico se realiza un despliegue de métodos diagnósticos que también constituye una logomaquia, al no presentar tampoco evidencias de la existencia de una patología. Nos hallamos ante un paralelismo con otro arsenal de remedios utilizados a través de la historia, desde el tratamiento moral hasta los psicofármacos, que se prescriben con una ligereza que sería inadmisibles en las prescripciones farmacológicas de la medicina científica.

Pero no se reducen los autores a una mera crítica del modelo psicopatológico, sino que sustentan su visión del mejor enfoque para abordar los problemas psicológicos exponiendo el modelo ABC del comportamiento, como la perspectiva más adecuada para comprender y ayudar al sujeto a resolver sus problemas, inseguridades, ansiedades... Se trata de un modelo estrictamente psicológico que pretende integrar y organizar el acervo conceptual, metodológico y tecnológico acumulado hasta la fecha por los paradigmas de la Psicología, y que pretende llegar hasta la raíz del comportamiento. Este se integra en tres componentes estructurales: los antecedentes que activan la conducta (A), la biografía personal (B), y las consecuencias posibles (C). Consideran que este modelo da idea de la complejidad organizativa de las interacciones al contemplar los ejes biográfico –histórico, contextual y transaccional. De aquí que los problemas psicológicos sean considerados desde este enfoque como experiencias integrales de la persona entera, ya que considera el Yo biográfico como la unidad integrada e integradora que unifica las experiencias vitales y las de significado. Asimismo da cuenta de la importancia de las transacciones interpersonales para la especie humana a través de la acción del sujeto y de la interacción con el ambiente, tal y como la teoría evolucionista ha puesto de manifiesto.

Y dentro de esta evolución adquiere relieve el lenguaje, como vehículo imprescindible que permite dar significado a la experiencia, y establecer transacciones directas e indirectas con sucesos, circunstancias y consecuencias que no tienen que estar necesariamente presentes en el aquí y ahora, sino que pueden ser sustituidas por palabras. El sujeto adquiere así independencia respecto de su experiencia, puede prever y planificar acciones futuras. Pero el lenguaje descontextualizado de la red social, biográfica y transaccional se convierte en puro discurso vacío, en literalidad, tal y como sucede en la logomaquia psicopatológica, cuyo exponente más relevante es la definición de la esquizofrenia, enfermedad sobre la que no se tiene evidencia empírica, pero que es diagnosticada y tratada como si se tratara de una entidad real, sin tomar en consideración la perspectiva del sujeto que vive esa experiencia.

También alertan los autores sobre el peligro de atribuir un comportamiento a un fenómeno mental, ya que el concepto “mente” no aporta explicaciones sobre cómo se genera un comportamiento. La mente es otra palabra que se identifica con una especie de fábrica de emociones, de conductas, de actitudes, y que no contempla las experiencias transaccionales del individuo. Nuevamente, el concepto se pone al servicio de la logomaquia psicopatológica, contribuyendo a rellenar vacíos y a dar sentido al sinsentido de las enfermedades inventadas.

Finalizan los autores con una crítica al cerebrocentrismo. Los fenómenos neurofisiológicos son necesarios, pero no suficientes para explicar los comportamientos y los problemas psicológicos: “en el cerebro no hay ningún lugar donde la neurofisiología se convierta misteriosamente en psicología”. No hay que olvidar que el propio comportamiento a su vez conforma la organización cerebral gracias a la plasticidad neural, y a la dinámica que se establece a lo largo de la vida en el sistema integrado por las interacciones entre el pensamiento, las emociones y las transacciones entre el contexto y la red neural.

Como conclusión, nos encontramos ante una obra seria y profunda, producto de la experiencia de los autores que integran sus amplios conocimientos científicos con una reflexión producto de su propia y dilatada

trayectoria profesional. Obra pertinente por el momento actual que atraviesa nuestra ciencia, y que debería ser leída por las nuevas generaciones de psicólogos, influidos por el contexto pseudocientífico en el que están inmersos. Y que corren el riesgo de ignorar la esencia de la Psicología, reencuadrándola en un marco impropio, medicalizado, y con ello convirtiendo nuestra disciplina en un nombre desprovisto de contenido.